



Relatos de la “Strat al-thāhir Baibars”



VII – Paladín de doncellas 3 – Cuestión de cabezas

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 8

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



3 – Cuestión de cabezas

La historia vuelve ahora al rey El-‘Adel Baïbars, que, después de reorganizar el gobierno de la provincia de Damasco, disfrutaba de un descanso bien merecido; pero...



Un día, cuando el rey El-‘Adel Baïbars presidía su Consejo, envió a uno de sus dignatarios a que sacara de la prisión a Sharaf El-Dîn* y que lo trajera ante él. Todo el mundo se imaginaba ya que le iba a cortar la cabeza como justo pago de los numerosos complots que había tramado contra él, casi desde tiempos inmemoriales. El dignatario estaba a punto de salir de la sala del Consejo, tras jurar al rey su obediencia, cuando éste lo volvió a llamar.

- ¿Adónde vas? –le preguntó.
 - *Efendem*, iba a cumplir con la misión que tu majestad se ha dignado confiar me.
 - Pues bien, después de que le saques de la mazmorra, quiero que le lleves al hamam; en donde habrás de velar porque le sirvan con el mayor esmero y consideración. Luego, le vas a dar la ropa que conviene a su rango de visir; mira también de que se le proporcione un caballo y una escolta para que le acompañen hasta el Consejo y, como es habitual, que vaya seguido de una fanfarria.
 - Sobre mi cabeza y mis ojos¹ –respondió el dignatario.

Así que el hombre se presentó en la prisión en donde estaba encerrado Sharaf El-Dîn, en un estado más bien lastimoso y triste. El mensajero le tranquilizó en el acto, anunciándole que el rey El-‘Adel le había concedido su perdón. Sharaf El-Dîn, que ya conocía la ascensión al trono de su rival, no cesaba de dar las gracias.

- ¡Por Dios! –no paraba de exclamar Sharaf El-Dîn– ¡En verdad que Baïbars es el más clemente y generoso de los hombres! Y es que, a fin de cuentas, eso no es de extrañar, porque ¿acaso no fue educado por mi primo El-Sâleh? Sea como sea, pongo a Dios por testigo de que, desde este mismo día, yo le voy a amar más que a mis propios hijos, porque él ha nacido con la estrella de la fortuna en su frente, y todos los que se le oponen se ven abocados a un final miserable.

¹ Expresión muy utilizada en el Mundo Árabe, que viene a ser como una suerte de juramento de respeto y obediencia.

Dicho esto, le condujeron al hamam, y luego, con sus nuevos ropajes, montado sobre un caballo de parada, rodeado de su escolta, y flanqueado por sus escuderos, se puso en marcha hacia la Ciudadela, al son de la fanfarria que caminaba tras él. Todavía no podía creer en la buena suerte que había tenido, y de vez en cuando se pellizcaba para asegurarse de que todo aquello no era un sueño. Cuando llegó a la puerta del palacio, echó pie a tierra y se dirigió hacia la sala del Consejo. Al entrar, vio a El-‘Adel Baïbars, presidiendo la asamblea desde su trono, y rodeado de tal pompa y majestad que inspiraba temor al tiempo que respeto; parecía un león al acecho: con aquel porte altivo, su severa expresión, e imponente envergadura.

Arrojando su capa, Sharaf El-Dîn avanzó humilde y respetuoso, haciendo una profunda reverencia ante el trono, mientras pronunciaba las habituales invocaciones a favor del rey. Éste, le acogió con una mirada sonriente, como la de un huésped generoso recibiendo a sus invitados, y ordenó que le pusieran un caftán honorífico sobre los hombros.

- ¡Bendito sea! –proclamaron los miembros del Consejo–. ¿Y cuál será su función¹? - ¡Será el Guardián de los Sellos para la provincia de Damasco hasta el fin de sus días! –respondió el rey.

Este acto de clemencia y generosidad conmovió vivamente a los allí presentes, que rogaron a Dios para que concediese larga vida a su soberano. Sharaf El-Dîn se retiró, feliz y satisfecho, al haber recobrado su rango y su prestigio: ¡pueda Dios conservárselos a todos aquellos que lo merecen! En cuanto al rey, pues decidió que ya era tiempo de ponerse en marcha; montaron un campamento fuera de la ciudad, y allí se fue a pasar la noche, con el corazón en paz y tranquilo el espíritu. A la mañana siguiente, hizo sus abluciones, cumplió con la oración del alba, que concluyó con las invocaciones; fue entonces cuando el mensajero que había enviado la reina Tâch Bajt se presentó ante él y le entregó la carta. El rey la abrió y comenzó a leerla: de pronto su mirada se hizo sombría, y se disipó de un golpe su buen humor. En cuanto hubo terminado, dobló de nuevo la carta sin enseñársela a nadie, y ordenó a su ejército ponerse en marcha inmediatamente. Les hizo avanzar a un ritmo infernal, quemando etapas, ante la gran extrañeza del visir Shâhîn:

- No suelen proceder de ese modo los reyes cuando visitan sus territorios –se decía para su colete.

Cuando llegaron cerca de El-Arîsh, el *babb*² Frenhîch, informado de su proximidad, reunió a sus tropas dentro de la ciudad, hizo que trajeran provisiones, ordenó reparar las defensas de la muralla, instalando en ellas la artillería; pues, tras la desastrosa aventura de su hijo Robín, ya se esperaba estas represalias del rey de los Musulmanes. Terminados todos esos preparativos, se fue a pedirle consejo al fraile Yauán:

¹ Éste es el ritual normal para la investidura de un nuevo dignatario; al menos lo es en este relato.

² Título de origen desconocido que ostentan los reyes Francos en este relato.

- *Abbone*, ¿es que no eres tú el origen de todas estas desgracias? ¿No fuiste tú el que le calentó la cabeza a mi pobre hijo robín, que murió por culpa tuya? Y ahora, nos llega el rey de los musulmanes; dime, ¿qué va a ser de nosotros?

- No te preocupes, *figlione* —le respondió el viejo hipócrita—: parto ahora mismo a buscarte refuerzos entre los reyes de la Costa¹. Cuando llegue el rey de los musulmanes, tú sólo tienes que hacer que la ciudad resista el estado de sitio, mientras yo llego con la ayuda. Y en cuanto a tu hijo, has de saber que su alma ha volado junto a Atafantaz, hijo de Atafantuz²...

Después de ese convincente sermón, Yauán se marchó, acompañado de Bartacûsh, su maldita alma gemela, en dirección a la Costa; dejémosles correr; nos los vamos a encontrar algo más tarde. En cuanto al *babb* Frenhîch, pues dio la orden de poner a la ciudad en Estado de Sitio, y cuando El-‘Adel Baïbars llegó allí días después, el *babb* mandó cerrar las puertas y hacer fuego con toda su artillería. El ejército musulmán se retiró fuera del alcance de los cañones³, y montó su campamento para pasar la noche. Esa misma noche, el visir Shâhîn se presentó ante el rey.

- Oh, poderoso rey —le preguntó— ¿Qué agravio tienes contra Frenhîch?

El-‘Adel Baïbars le puso entonces al corriente de todo y le mostró la carta de la reina Tâch Bajt. Y de momento, esto es todo por ahora en lo que se refiere a ellos.

Ahora, volvamos al *babb*: éste pasó una de las peores noches de su vida, corroído por la inquietud. A la mañana siguiente, convocó a sus consejeros.

- ¿Qué vamos a hacer? —gemía— Seguimos sin tener noticias del pontífice Yauán ni de los refuerzos que nos iba a traer. No tenemos bastantes fuerzas como para entablar una batalla contra el rey de los musulmanes; además, si el sitio se prolonga, pronto la ciudad se verá sitiada por la hambruna, y entonces es cuando se corre el riesgo de que la población se subleve contra nosotros.

En ese momento, se levantó un hombre: era Zeneto, el guardia de corps personal del rey que, tras saludarle con una profunda reverencia y besarle la mano, le dijo así:

- Oh, *babb*, si a quien temes es al rey de los musulmanes, no te machaques más la cabeza con ese problema: ¡esta misma noche, te lo traeré vivo o muerto!

- ¡Si lo consigues, te daré todo lo que tú quieras! —prometió Frenhîch.

Poco después, Zeneto, armado de pies a cabeza y todo blindado de hierro, franqueó la puerta de la ciudad. Entró de hurtadillas en el campamento de los musulmanes, se ocultó entre las tiendas, más invisible que una sombra, y llegó hasta el pabellón del rey.

¹ En este relato, se designa con ese nombre a los principados que fundaron los Cruzados a lo largo de la costa de Siria, Líbano y Palestina.

² Aprovechándose de la credulidad de los Francos, Yauán les ha impuesto una suerte de religión de su propia cosecha, en la que sus antepasados —la mayoría de ellos, inmundos granujas— ocupan un importante lugar. “Atafantaz” y “Atafantuz”, tienen una consonancia más ridícula aún en árabe que en español.

³ De nuevo aquí se trata de un anacronismo, ya que en la época de Baïbars no existía tal artillería.

Allí, durmió a los centinelas por medio del *benj*¹, rodeó la tienda y, cuando llegó a la parte de atrás, practicó una abertura con su puñal.

Pero, el roce del acero sobre la tela despertó al rey, que, como un rayo, saltó de la cama, enrolló su manta y la puso como si fuera su cuerpo, colocando su turbante en la almohada; luego, se escondió detrás de los cofres del tesoro. Zeneto se deslizó por la hendidura de la tienda; en la penumbra, vio el turbante en la cabecera del lecho y, creyendo que rey todavía seguía dormido, se le acercó murmurando:

- ¡*Hayy, marfús karimardús!* ¡Haces mal en dormir cuando Zeneto está en vela!

Y desenvainando el sable, le asestó un golpe terrible sobre el turbante; en ese momento, rápido como un relámpago, el rey le lanzó su *lett*² de Damasco golpeándole entre los omóplatos. Casi sin respiración, Zeneto rodó por tierra; El-'Adel Baïbars se arrojó sobre él y lo inmovilizó. Al observar a su adversario más de cerca, vio que tenía un parecido sorprendente con él.

- ¿Qué has venido a hacer aquí? –le preguntó el rey.

- Quería cortarte la cabeza y llevársela al *babb*, que me ha prometido una rica recompensa.

Al conocer ese detalle, el rey lo estranguló sin mediar más palabras, le desnudó, le puso su propia ropa y lo tendió sobre el lecho; luego, Baïbars se vistió con la túnica y armadura de Zeneto, y le cortó la cabeza; con su fúnebre trofeo en mano, salió de la tienda por la hendidura que había practicado ese infiel para entrar, y se presentó a las puertas de El-Arîsh. Cuando llegó allí, llamó a los del Cuerpo de Guardia.

- ¿Quién va? –le respondieron.

- ¡Zeneto!

- Y qué traes: ¿trigo o cebada?

- ¡Sésamo empapado en miel, compadre!

Feliz y contento, el oficial fue a abrir la puerta; el falso Zeneto entró y se fue directamente a ver a Frenhîch.

- ¡Ojalá, oh poderoso rey, puedas siempre ver a tus enemigos en este estado! – proclamó, lanzando la cabeza cortada a los pies del trono.

Transportado de júbilo, Frenhîch le puso un manto honorífico sobre los hombros, luego le despidió, aconsejándole que se retirara a su palacio para tomar un descanso bien merecido. De modo que, escoltado por los servidores, Baïbars se presentó en el palacio de Zeneto, pasando la noche en el edificio exterior, pues, por razones evidentes, no se le ocurrió penetrar en el harén.

A la mañana siguiente, en el campamento de los musulmanes, el *osta*³ Otmân se levantó temprano y fue a despertar al rey para la oración del alba.

¹ Potente narcótico, de misteriosa composición, que juega un papel muy importante en este relato.

² Arma maravillosa que, en su juventud, Baïbars descubrió en Damasco (ver *Las infancias de Baïbars*). El *lett* es como una bola de hierro arrojadiza, que va sujetada a una cadena.

³ “Maestro”, tratamiento que se daba en El Cairo a los hombres de algún oficio, y sobre todo a los palafreneros y a los cocheros; este tratamiento lo han heredado en la actualidad los taxistas y los conductores de autobús.

- ¡Eh, mamaculos, salami alikúm¹! –les espetó a los guardias.

Estos, por supuesto, estaban profundamente dormidos, y no le respondieron ni pío.

- ¡Eh, pero güeno! ¡qué hay, muchachos!, ¿hoy no se salúa o qué? –continuó Otmân– ¿Qué sus pasa? ¡Venga, p’arriba, hora e la pelgaria²! ¡Pero amos a ver! ¿es asín como me guardáis al soldaito?

Y seguía sin obtener respuesta alguna.

- Uuhh, pa mí qu’esto no es na normal: ¡seguro qu’estos burros s’han jartao a zampar! Amos, soldaito –prosiguió entrando en el pabellón, ¡hora e rezar! ¡Venga, chaval, amos a hacer las pelgarias! –Y seguía sin tener respuesta–. Pero güeno, ¿qu’éstás esperando? Anda, di eso de “Dios es uno”, coleguita mío ¡Esto no pué ser, también él ha debío papear lo que los mamaculos!

Entonces, Otmân se acercó al lecho y vio el cuerpo sin cabeza.

- ¡Waajaaa! Ay, soldaito, ¿aónde has metío tu chola? Oyes, ¿se pué saber por qué no dices ná? ¿t’ás enfadao o qué? ¿Vas a rajar d’una vez por toas, o que te lleve la peste? ¿Me’stás gastando una broma o to esto va’n serio?

Al ver que no obtenía respuesta –¡como era de esperar! – Otmân salió corriendo del pabellón.

- ¡Santo Dios! ¡Santo Dios! ¡El soldao ha perdío la chola! ¡Venir p’acá, hijos de Haydab! ¡A llorar, hijos de Rihân³! ¡Ay, pobre osta Otmân, que s’ha quedao güérfanito!

Corriendo como un demonio, Otmân entró disparado en el pabellón del emir Shâhîn.

- ¡Salami alikúm, Hâch Shâhûn⁴! ¡En pie, tío, aprisa, ven a ver! ¡el soldao ha perdío su chola, y sólo’stá'l cuerpo!

- ¡Otmân, basta ya! –exclamó el visir, furioso de que le hubieran despertado con tal sobresalto–. ¡No se pueden gastar esas bromas a cuenta del Comendador de los creyentes, que Dios nos proteja de Satanás el lapidado!

- ¡Po’l secreto la Dama, que no’stoy e guasa! ¡que’stá muerto y bien muerto, que sí! Amás no habla ná...

El visir Shâhîn se levantó rápidamente; la noticia ya se había extendido por todo el campamento como la pólvora, y los oficiales y grandes del reino acudieron a Otmân para preguntarle.

- El soldao s’ha muerto –les respondió Otmân–. No tenéis más que ir pa enterrarle.

Los partidarios del rey cayeron en la consternación, mientras sus adversarios celebraban con júbilo; sobre todo Qalaûn* y su confidente Alay El-Dîn*.

- Emir Qalaûn –le susurró este último–. Tú mucho a Dios alabar y agradecer: mameluco vieja mujer⁵ no vivido mucho tiempo, y ahora *ichté*, para *pâdishâh*⁶ otro como tú no haber, nada que decir.

- Eso seguro –aprobó Qalaûn con talante fatuo– *Yavach yavach vallahi billahi*, tambor de alegría en el corazón redoblar. Si yo convertir en *pâdishâh*, yo muy buen gobernar, mi conocer bien trabajo.

¹ En la jerga que utiliza Otmân, Flor de Truhanes; “salami alikúm” equivale al “salâm alaykum” (la paz sea con vosotros) saludo entre los musulmanes. Lo mismo ocurre con “mamaculos”, otro juego de Otmân para referirse a los “mamelucos”.

² Quiere decir “plegaria”.

³ Dos de las principales bandas de truhanes de El Cairo, rehabilitadas y llevadas por el recto camino gracias a Otmân y Baïbars; ver *Flor de Truhanes y Los bajos fondos de El Cairo*.

⁴ Diminutivo familiar que usa Otmân para referirse al visir Shâhîn.

⁵ Alusión al hecho de que Baïbars, en su juventud, fue comprado, luego liberado, por Dama Fâtme, una viuda rica y caritativa de la aristocracia damascena; ver *Las infancias de Baïbars*.

⁶ Título de origen persa que se da al emperador otomano.

Y hablando de ese modo se fueron hasta el pabellón real, en donde solo pudieron constatar el triste estado de las cosas que hemos contado. Todos se deshicieron en lamentos fúnebres, sobre todo Qalaûn, que no cesaba de gimotear.

- ¡Waj, waj! –lloriqueaba con lágrimas de cocodrilo–. ¡Gran desgracia, *pâdishâh!*! Por Dios, tu fuerza romperse y tu casa destruida! *Ichté* uno igual a tú no haber jamás! ¡‘Adel gran rey, calidad extra pero desgraciado, su vida mucho corta!

- Oh, comunidad de Muhammad –dijo el visir Shâhîn–: ahora mismo nos encontramos frente a un enemigo; no es éste momento para lamentaciones. No olvidéis que el mayor homenaje que se le pueda ofrecer a un muerto es el de darle una sepultura decente, por eso se ha dicho: “*el secreto que está oculto en el corazón, se elevará hacia el cielo, tesoro precioso que regresa a su origen.*”

Así que se dispusieron a lavar el cadáver; pero, al desnudarle, aparecieron cruces tatuadas sobre el pecho¹.

- *Mâ shâ Allâh* –exclamó Qalaûn– Tú venir ver Hâch Shâhîn, este *Baybarsék yins-e nasrâni*², él ser cristiano. Y tú siempre decir que él buen creyente, muy piadoso, muy sabio religión, *ichté* calidad extra como él no haber otro, buena familia, bien educado, *sura* tú hacer a él *pâdishâh*, tú dar a él poder sobre los creyentes. ¡*Tfú!*! ¡*Allâh bayyin bela versin!* ¡Dios maldecir a todo él, sucio puerco!

Y entonces fue cuando, al levantar el paño que cubría el cuerpo, vieron que el muerto estaba incircunciso.

- *Mâ shâ Allâh* –exclamó Qalaûn más gozoso– ¡Ven tú ver Hâch Shâhîn, su polla no ser circuncisa!

- ¡Escuchadme bien todos! –intervino el visir–. Yo puedo atestiguar que Baïbars siempre se ha comportado como un perfecto creyente, y siempre ha mostrado una piedad ejemplar. Si es que estamos delante de su cuerpo, entonces habría que suponer que, cuando el derviche lo sacó de la caverna en donde estaba encerrado, lo debió tomar por un mameluco³, aún no habría sido circuncidado; luego, cuando llegó a la edad madura, le daría vergüenza pedir que le practicaran la operación.

- ¡Ya, ya; seguro! –gruñó Qalaûn– Todo lo que Baïbars hacer tú decir buen creyente, santo hombre. ¿Y este tatuaje sobre su pecho, *ichté* hacerle cruz?

- A ver, ¡qué se pasa aquí, mis compadres! –intervino Otmân, acercándose al grupo–. ¿Entavía estáis poniendo verde al soldaito?

- Ven un momento y mira, Otmân –le respondió el visir.

Otmân se aproximó y constató que el cadáver no estaba circunciso.

- ¡Ah, eso! –se burló Otmân– ¿De veras tú te crees que'l soldao no se l'había retajao? Por el Secreto e la Dama, el tío aquel, el cadi, ese sí qu'era puro kif. No, yo le conozco bien al soldao, es un buen tipo, que tié la religión y tó eso. ¡Amos, echar al fuego a este maricón!

- Sí, tienes razón, *osta* Otmân –aprobó el visir. Como siempre, tú has sido el único que ha visto la verdad: ¡que me corten la cabeza a mí también si este cuerpo es el de El-‘Adel!

Bueno, admitámloslo –prosiguieron los grandes del reino–. Pero entonces, ¿qué significa todo este saco de embrollos? ¿adónde se ha ido nuestro rey? y ¿de dónde viene este cadáver?

¹ Se trata de una costumbre extendida, sobre todo, entre los coptos de Egipto.

² En turco-árabe “de la especie de los cristianos”. “*Baybarsék*” es una forma diminutiva turca de Baïbars.

³ “Esclavo”.

- Seguro que acabaremos por saberlo –cortó el visir-. Mientras tanto, id a quemar esta carroña.

Una vez hecho esto, los grandes se reunieron de nuevo junto a Shâhîn.

- Habría que ver el modo de designar un nuevo rey –afirmaron–: no se sabe si El-‘Adel está vivo o muerto, pero en cualquier caso algo grave le ha debido suceder. Y además, tenemos que darnos prisa para levantar el campamento y regresar a El Cairo.

- ¡De eso nada! –protestó Shâhîn–. Aunque el-‘Adel no estuviera ya en este mundo, nosotros, al menos, debemos combatir contra Frenhîch, y castigarle por haber pretendido coger prisionera a la esposa de nuestro rey. Y en cuanto al trono – suponiendo que hubiera caído una desgracia sobre nuestro soberano, y que estuviera ya en la misericordia de nuestro Señor –, pues bien, entonces, y solo entonces, el trono pasaría al emir Qalaûn.

- ¡Tú bien decir! –aprobó Qalaûn pavoneándose–. Ahora no haber esperanza a mameluco vieja mujer; Qalaûn ser pronto sultán Egipto. Pero mí también hacer gran reforma gobierno y arreglar todo diferente¹.

- ¡Pues muy bien, así sea! Pero eso lo veremos cuando volvamos a El Cairo, con la ayuda del Creador de todas las cosas.

Próximo relato de “Paladín de doncellas”:

VII.04 - “La estrategia de Qalawûn”

¹ Alusión al juramento impuesto por Baïbars a los emires. Ver *Muerte en el hamam*.